

UN DÍA A LA VEZ

Mati había aceptado una beca Erasmus para completar sus estudios en el norte de Europa, no fue una decisión fácil: tendría que estar lejos de casa, aprender un nuevo idioma, nuevas costumbres, adaptarse a otro clima menos suave; pero su madre siempre le había apoyado en todas y cada una de sus decisiones. Ella hacía que todo fuera más fácil, pero ahora estaba muy lejos ..., y la echaba tanto de menos. Especialmente hoy, que había roto con Jean-Luc.

Dicen que no hay nada como llorar bajo la lluvia, porque nadie ve tus lágrimas. Mati había comprendido que debía continuar con su vida, con sus rutinas, su madre siempre le decía:

—Cariño, cada día tiene sus propias preocupaciones, un día a la vez.

Mati había subido al autobús que cada mañana le llevaba hasta la puerta de la universidad. A esa hora también coincidía con un nutrido grupo de alumnos de Ecole Damrémont.

Una niña de cabellos dorados se levantó con los demás alumnos y se dirigió hasta la puerta. Llevaba un abrigo de paño color vainilla tostada y antes de bajar, dejó su mochila en el suelo, miró a Mati con una amplia sonrisa y después se fue al tiempo en que se cerraban las puertas. Mati se puso inmediatamente en pie y golpeó el cristal para llamar la atención de la niña que había olvidado su mochila, pero ya era demasiado tarde.

El chofer le lanzó una mirada de reproche por no estar sentada y causar alboroto, así es que Mati captó el mensaje y volvió a su sitio, abrazada a una mochila infantil, de color rosa y azul cielo, con el dibujo de un hilo de estrellas en un

semicírculo que recordaba la pestaña de un parpadeo. Para ella era un símbolo fascinante, puesto que estudiaba historia del arte.

Sin duda, aquella niña se había distraído y olvidado sus libros. Según la etiqueta que había encontrado en su interior, se llamaba Imu y vivía muy cerca de Montmartre, a solo cuatro manzanas de un conocido centro comercial.

Mati tenía a primera hora una aburrida clase sobre el Barroco del siglo XVII, así que después de pensarlo bien, continuó su trayecto para acudir a la dirección de la niña y devolverle los libros. El autobús reemprendió la marcha en la parada de la universidad y después prosiguió hasta el centro:

«¿Qué estoy haciendo?», —se preguntó. «¿Por qué he tenido que ocuparme de esto personalmente? Se la podía haber entregado al conductor del autobús y olvidarme» Pero algo en su interior le decía que estaba haciendo lo correcto. Aquel parpadeo de estrellas le había cautivado y por eso estaba ahora con una mochila de una niña a su espalda, caminando por una calle que no conocía.

Después de dar varias vueltas siguiendo las indicaciones del GPS de su teléfono, se encontró ante un viejo edificio de cuatro plantas y un enorme portal con deliciosos elementos de art Decó y un ascensor de hierro que parecía una jaula para aves exóticas. Oprimió el número cuatro y después de un sospechoso chirrido, los engranajes comenzaron a rodar hasta el último piso.

Ya estaba ante una antigua puerta de madera sin timbre y con un mirador que parecía una pequeña roseta. Llamó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta y además ahora le dolía la mano. Volvió a intentarlo con mayor intensidad y justo cuando iba a desistir, escuchó unos pasos que se acercaban a la puerta. Alguien hizo girar la roseta y después abrió.

—Buenos días querida. ¿Te has perdido?

—Buenos días señora, perdone que le moleste, pero he encontrado esta mochila en el autobús con una dirección que me ha llevado hasta su casa.

Aquella señora, que seguramente era mayor que su madre, miró la mochila que Mati sostenía en la mano y después, dirigiéndose a ella: —Cariño. Hace muchos

años que no voy al colegio. Me llamo Camille Lacroze, ¿quieres tomar una taza de té?

La señora dejó la puerta abierta y se adentró en el comedor. Mati pensó que, ya que había llegado hasta allí, podría quedarse un rato más.

La casa estaba repleta de libros, cuadros y fotografías muy interesantes, un piano y un cariñoso Fox terrier que vino a saludarle.

—Jules. No molestes a la jovencita. —La señora Camille salía de la cocina con una bandeja en la que había preparado una tetera, dos tazas y unas galletas.

—Muy bien, cuéntame, ¿qué te ha traído hasta aquí?

Mati, en ese momento cayó en la cuenta de que ni siquiera se había presentado:

—Disculpe, señora Camille. Me llamo Matilde, pero todo el mundo me llama Mati. He venido para devolver esta mochila a su dueña, es posible que se trate de su nieta.

—Déjame ver la mochila. —Le pidió la señora Camille, que hasta ahora no le había prestado demasiada atención.

—¡No puede ser! Esta mochila ..., es mía. La perdí hace mucho, mucho tiempo, mientras todavía era una niña, de camino al colegio ¿Puedo abrirla?

Camille tenía ahora una libreta abierta en su mano temblorosa y en la que podía reconocer su antigua caligrafía. Allí estaba aquella redacción que escribió cuando todavía era una niña. Se titulaba: "Lo que hice el sábado":

"Hoy he ido con mi papá al planetario porque él sabe lo mucho que me gustan las estrellas y que siempre le hago muchas preguntas. Nos sentamos en una cómoda butaca y vimos la Constelación IMU.

Mi papá dice que, igual que la Luna tiene una influencia sobre las mareas del mar y las cosechas en la tierra, también hay estrellas que pueden recordarnos que nunca debemos olvidar los momentos felices"

Camille estaba visiblemente emocionada: —Mi padre siempre me decía que IMU sería como un recuerdo muy especial que siempre me acompañaría. Cuando terminé el colegio me dio esto...

La señora Camille mostró una medalla sujeta a un cordoncito de oro. El símbolo de la medalla era el mismo que en el dibujo de la mochila del autobús.

La señora Camille desprendió aquella joya de su cuello y se la entregó a Mati:

—Estoy muy agradecida por tu visita y deseo que te la quedes.

—No la puedo aceptar..., es un objeto muy personal...

—Mati, no deberías contradecir a una anciana; me subirá la tensión.

La señora Camille colgó su medalla en el cuello de Mati:

—Muchas gracias ¿Sabe una cosa?, yo pasé muy poco tiempo con mi padre. Falleció en un accidente.

—¡Cuánto lo siento!, pero recuerda que la constelación IMU nos ayuda a conservar los mejores recuerdos en nuestro corazón y a esperar a que surjan otras nuevas experiencias que sean como un parpadeo de felicidad.

La señora Camille le ofreció su té con galletas y hablaron mucho sobre su vida como maestra de piano, de la ruptura de Mati con Jean-Luc, de lo que nos hacen sentir las obras de arte, de los recuerdos de escuela, los viajes y las mejores cafeterías...

Cuando Mati dejó atrás el antiguo barrio de Montmartre, lo hizo con la satisfacción de haber realizado una buena obra, además ahora tenía una nueva amiga a la que la influencia de una pequeña estrella les había unido.

Tres semanas después Mati estaba sentada esperando un tren que le llevaría de vuelta a casa donde pasaría el resto del invierno. Tenía una maleta a sus pies y escribía un mensaje en su teléfono para sus compañeras de estudios cuando le pareció ver de nuevo aquella niña del autobús, con el mismo pelo dorado, el mismo abrigo de color vainilla..., pero no podía ser... Sin embargo, cuando volvió a sentarse, había un sobre azul en el banco de madera.

Una nota de Imu:

“Muchas gracias por devolverme mi mochila. Me ha hecho muy feliz poder recuperarla. Te quiero hacer un regalito para tu mamá. Para que no te olvides de mí. Mati, recuerda que hay muchos momentos felices si sabes mirar”

Cuando Mati miró dentro del sobre había otra medalla como la que le había regalado la señora Camille.

Casi diez horas de viaje después, Mati llamaba al timbre casa y abrió su madre. Ambas se fundieron en un profundo abrazo:

—Mamá. Tengo muchas cosas que contarte...



by Manuel Julián
mandarinasdepapel.com